

ASCO

2a. parte

*Antonio Oriel Anguera **

En la primera parte del asco que publicamos en el No. 67-68, pág. 73, hacíamos constar el contraste entre un fenómeno tan universal como es el asco y la dificultad de encontrar un estudio riguroso sobre el tema.

Para apoyar esta afirmación recorrimos las fisiologías al uso y no encontramos un solo texto que se ocupara del problema. Igual en los textos europeos que americanos. En alemán, inglés, francés o italiano que son las vías accesibles a nosotros.

Continuando nuestra excursión por campos limítrofes hemos encontrado algo en psicología, pero muy poco, y sobre todo sin alcance fisiológico.

Cuatro autores nos han permitido penetrar en "su" asco y es a estos que vamos a dedicar este segundo artículo, dejando para el final las orientaciones bibliográficas que nos han servido para nuestra información.

Los cuatro autores que vamos a relatar son:

- 1o. C. Richet. Fisiólogo.
- 2o. J.P. Sartre. Filósofo.
- 3o. P. Caba. Filósofo.
- 4o. A. Kolnay. Antropólogo.

Resumen fenomenológico del asco

Antes de abordar al primero de los cuatro autores, vamos a resumir el cuadro del asco visto desde un ángulo fisiológico.

Frente a una cosa asquerosa el sujeto pasa por tres etapas:

* Sección de Graduados de la Escuela Superior de Medicina del IPN.

Primera, gestal.

Segunda, digestiva.

Tercera, nerviosa.

En la primera etapa el sujeto que siente asco hace "gestos" de repulsión que se manifiestan por posturas de manos (de protesta y alejamiento) coordinados con gestos faciales característicos de la repugnancia y escrúpulo. Disimetría facial, arrugamiento de la cara... y el cuadro de una desagradable aversión.

En la segunda etapa aparece un cuadro digestivo con sialorrea, náuseas, arcadas... y finalmente vómitos.

Pasada la segunda etapa se instala un estado general de inapetencia, intolerancia, malestar general que pueda conducir a un cuadro nervioso de larga duración.

Los tipos de asco y las vías de conducción las describimos en el capítulo anterior.

De los cuatro autores que pudimos encontrar con descripciones del asco empezaremos por Carlos Richet, premio Nobel de fisiología. Se le otorgó el premio Nobel por sus estudios sobre anafilaxia, y durante muchos años ejerció funciones rectoras de la fisiología europea. Hombre importante.

I

EL ASCO A TRAVES DEL FISIÓLOGO CHARLES RICHEL

Leyes del asco: lo orgánico y lo inorgánico

Los minerales no producen asco.

Los seres vivos provocan distintas sensaciones. Unos son asquerosos, otros no.

Al sentir de Richet se podría formular una primera ley del respeto. Los animales perjudiciales inspiran asco y la repulsión que despertan en nosotros está relacionada con la conservación de la especie.

Con cierta aproximación podríamos afirmar que el asco está al servicio del instinto de conservación.

Animales alimenticios y los otros

Los animales que entran a formar parte de nuestra alimentación no son asquerosos. El buey, el cordero y la gallina, no tienen nada que excite al asco.

Con respecto a reptiles y anfibios, el sentimiento es completamente distinto; el contacto con la piel viscosa de un sapo, nos da la sensación de repugnancia. La naturaleza ha hecho extensivo este sentimiento a todos los animales semejantes, de modo que la rana, que es inofensiva, nos repugna igual que el sapo que es venenoso. Abandonados a nuestro instinto, no establecemos diferencia entre la víbora y la culebra... a pesar de su radical diferencia en cuanto a su peligrosidad.

Invertebrados

Si pasamos de los animales vertebrados a los invertebrados, hallaremos la misma ley: pero para comprender mejor cómo se aplica insistiremos acerca de una fuerza natural común a todos los seres vivos. El instinto de conservación.

El instinto de conservación es el que nos hace sentir asco por todo lo que a la muerte se refiere. La vista de un cadáver, es un espectáculo repugnante que nos enfada, nos incomoda, nos entristece; se trata de un espectáculo deprimente. Tras la muerte, la putrefacción se apodera del cuerpo inerte y los gases que se desprenden y los líquidos que rezuman de la putrefacción, esparcen un olor fétido. En realidad la fetidez no existe por sí misma, es un fenómeno subjetivo que no tiene ninguna realidad objetiva, el caso es que las sustancias corruptas, para nosotros, resultan nauseabundas y asquerosas. Esta sensibilidad olfativa para los gases fétidos tendría el mismo origen

que la sensibilidad gustativa con respecto a los alcaloides amargos.

Conclusión

Todo lo que es orgánico si es inútil o es tóxico, nos provoca un sentimiento de asco inenunciable.

La mayor parte de estas sustancias putrefactas son perjudiciales para el organismo. La materia descompuesta es el origen de venenos, cuyas consecuencias son mortales. Hay pues un completo acuerdo entre toxicidad de ciertas sustancias y el asco que inspiran, y es posible que la repugnancia que provoca la putrefacción sea debida al peligro que las materias putrefactas presentan para los seres vivos; se trataría de una aversión instintiva hacia todo lo que se relaciona con la muerte.

La ley general sería esta:

“Siempre que una materia animal está en putrefacción y no puede servir para nuestra alimentación, nos inspira ‘asco’.” (Richet).

Animales predatorios

Volvamos ahora a los animales invertebrados y a las sensaciones de asco que nos inspiran. El horror que tenemos a la muerte se hace extensivo a los animales que viven a expensas de los muertos. Por esto sentimos repugnancia por los animales predatorios que se alimentan de cadáveres descompuestos. Desde los cuervos hasta los gusanos.

Esta sentencia de Richet es de corte finalista y ello es tanto más de notar si recordamos que la bandera de los fisiólogos de comienzos de siglo era antivitalista. Y Richet era el primer abanderado.

Animales venenosos

Los insectos más dañinos son las arañas y ciertos alacranes provistos de un terrible veneno. También estos animales son objeto de una aversión, espontánea y universal.

En cambio los peces diseminados en el mar no ofrecen peligro alguno y la mayoría de ellos pueden servirnos de alimento. Por esto sólo nos inspiran repugnancia cuando por sus caracteres físicos se semejan a los gusanos o a los

reptiles contra quienes estamos obligados a defendernos. Por esta misma razón los animales que viven en el agua dulce, por ejemplo, las sanguijuelas, son objeto de nuestro asco.

Los vegetales venenosos

También frente a objetos perjudiciales experimentamos asco o repulsión, aunque no sean animales.

¿Sería una consecuencia de nuestra adaptación? Sea lo que quiera tanto el gusto amargo como la fetidez, no son propiedades intrínsecas de los cuerpos.

El olor no existe más que en nosotros mismos y no en los cuerpos que lo provocan: tan amarga es la estricnina, como doloroso es el filo del cuchillo o de un hierro candente. Sin embargo, la estricnina nos parece amarga *per se* y el hierro enrojecido, doloroso en sí mismo.

En uno y otro caso el instinto nos defiende de su ataque.

Volvamos a nuestra definición. El asco es una reacción de repugnancia puesta al servicio de nuestro sistema defensivo.

Ley de utilidad

Richet anuncia una ley que llama de utilidad y dice: "Las sustancias útiles nos agradan, al paso que las tóxicas nos disgustan. Estas con frecuencia nos asquean hasta el punto de vomitarlas". Es un mecanismo de defensa.

Tomemos como ejemplo la leche: ese alimento indispensable para el recién nacido, se nos hace agradable a la vista, al gusto y hasta al olfato.

En cambio las secreciones y los excrementos inútiles, nos inspiran asco.

Las sustancias que el organismo arroja como inútiles, no pueden agradar a nuestros sentidos. De aquí que éstas provoquen un asco contra el cual sería inútil luchar.

Se puede ir más allá aún, cuando los líquidos que sirven para la digestión se apartan de su función natural se convierten en objetos asquerosos. Así por ejemplo, la saliva en su medio natural no tiene nada que nos repugne; mascar un pedazo de pan o un dulce, es un acto agradable, pero si trasladamos esta misma operación en un vaso, lo que era agradable se convierte en repugnancia. Ha bastado que la

saliva abandone la cavidad bucal para convertirse en un objeto asqueroso.

El beso boca a boca nos redime del asco al paso que un mondadientes, ajeno, con residuos alimenticios, nos produce asco aunque sea de la novia.

Una comida, compuesta de huevos, leche, carne y vino, es agradable y sin embargo, el olor del jugo gástrico mezclado con estas sustancias a medio digerir es nauseabundo y su aspecto es repugnante. Cuando estos alimentos abandonan el estómago, son impropios para su función nutritiva, y surge instintivamente el asco hacia lo que es inútil.

De este modo podríamos explicar la sensación desagradable que despierta la sangre. Por un lado es la imagen de la vida, pero también es la imagen de la muerte. Los poetas de todas épocas han descrito con verdadero deleite la coloración sonrosada de las mejillas y el carmín que una imprevista emoción proyecta en el rostro. Cuando representa la vida, produce imágenes agradables. Pero tan pronto la sangre sale de los vasos se "caosifica" en coágulos repugnantes que invoca a la muerte con todo su horror. Lo que es perjudicial, lo que es inútil es un objeto repugnante, y nuestro asco no se refiere casualmente a este o al otro objeto, a este o al otro animal, sino que reconoce una causa eficiente. Por lo regular el instinto no se equivoca y está alerta al servicio de la defensa.

Circunstancia superadora.

Interés científico

Sin embargo, la voluntad y el hábito pueden transformar nuestros instintos. Por ejemplo, si veo un sapo, experimentaré una sensación de asco, pero esta sensación irá aumentando o disminuyendo de acuerdo a mi formación cultural. Supongamos que quiero estudiar la química de su veneno, la simple idea de una investigación científica acabará por dominar el asco que aquel sapo me inspiró inicialmente.

En cambio, si estoy desprevenido y veo al sapo donde creía coger una flor, el asco que experimentaré será infinitamente mayor que si fuera a cogerle en un laboratorio para estudiar sus funciones.

Un sapo que sale inesperadamente entre las sábanas blancas de la cama produce horror y

asco.

El médico toca heridas infectadas sin experimentar asco, el profano no las soporta. Es que la enfermedad para el médico no es una cosa purulenta sino un “proceso” que es preciso atacar. Desde sus primeros estudios el médico crea una segunda naturaleza que le muestra la enfermedad como un objeto de estudio que debe eliminar.

Para el hombre de la calle la enfermedad es un horror, para el médico es un enemigo del cual hay que triunfar. El punto de vista es completamente diferente. La situación vital también.

No solamente el médico

El químico, el fisiólogo, el naturalista, hacen como el médico y poco a poco superan el asco primitivo a través de sus preocupaciones científicas. Y estas preocupaciones acaban siempre venciendo al instinto.

Por otra parte, el asco disminuye a medida que el análisis científico separa las partes del conjunto repugnante.

Supongamos, por ejemplo, una araña; ciertamente es un ser repulsivo, pero si tomamos una pata o un ojo de este insecto y lo examinamos a la luz del microscopio, podremos ver el espectáculo maravilloso de unas células rítmicamente dispuestas. El instinto surge frente a los objetos. Una vez separados de su destino han perdido su carácter y han adquirido otro completamente diferente.

Lo mismo sucede con respecto a las sustancias químicas que se extraen de los líquidos animales; si la urea está bien purificada aparecerá como un cuerpo cristalino, blanco, puro, inodoro, que no nos inspirará repugnancia de ninguna especie.

No son, pues, los elementos de los objetos asquerosos los que nos repugnan, sino su conjunto, en una palabra, su aspecto natural y no su constitución química.

Cada país, su cultura

Hay lugares en donde se comen los nidos de golondrinas, saltamontes, lagartos, pescados podridos, sangre y grasa de foca. Hay latitudes en donde el hombre se alimenta con sangre

humana. Canibales y antropófagos otrora fueron habitantes del planeta. Hoy ya no los hay, pero... ¿No vemos ciertas personas comer caracoles, moscas y gusanos?

Para la mayoría estos animales no son comestibles y el instinto nos los presenta como seres repugnantes. Hasta es probable que las personas que los comen tengan cierto asco al tocarlos vivos fuera de su plato.

La costumbre y los patrones culturales tienen tal importancia que comemos sin aprensión morcillas, tripas, hígados, aunque la sangre de puerco y los intestinos de ternera nos repugnen en el momento en que la ternera o el puerco son sacrificados.

Si analizamos los hechos veremos que unas veces nos domina la idea de la muerte y en otras nos domina la idea del alimento.

Hace algunos años, durante el sitio de París (de dolorosa memoria) el pueblo encontró en la carne de caballo un recurso alimenticio precioso. Al principio muchas personas no hicieron uso de ella sino con gran repugnancia, pero poco a poco se fue considerando la carne de caballo como alimento, y el asco desapareció.

La costumbre nos hizo considerar al caballo como un animal útil. De ahí el esfuerzo que debió hacer, el hombre, para abandonar la primera idea y adoptar otra que nos permitiera comer caballo sin repugnancia.

También se puede atribuir al hábito la influencia del origen de los alimentos con respecto a nuestro gusto. Así, la leche, el vino y el caldo, son tres alimentos agradables tomados separadamente. Pero si se hace una mezcla de leche, vino y caldo, se tendrá un líquido cuyo color, vista y gusto, serán insoportables.

Debemos aceptar la cultura como un sistema de condicionamiento que establece los hábitos de cada latitud según usos y costumbres. Por lo pronto, una mezcla de leche y de vino donde la leche está coagulada y el color del vino es desagradable a la vista, nos presenta un conjunto que hace pensar en las materias arrojadas por el estómago después de la digestión. De ningún modo surgiría de alimentos sanos. Uno a uno se tomaría de buen grado.

Hambre contra saciedad

El estado fisiológico también representa un papel importante. Según sea nuestra hambre o nuestra sed, los alimentos nos inspirarán agrado o repugnancia. Los desgraciados que se han visto apremiados por el hambre, se han alimentado de materias repugnantes. Cuando priva el hambre, cualquiera que fuera la repulsión, se anula, y el instinto supera todos los ascos.

En cambio, la saciedad origina una especie de asco hacia los alimentos más sabrosos. Después de una copiosa comida, la vista y el olor de los alimentos se hacen insoportables.

Basta estar algo enfermo para perder el apetito y sentirse afectado por el olor de los alimentos que, en buena salud, sentiríamos como agrado.

De todo lo cual podemos deducir —según Richet— que las cosas consideradas como alimentos, nos agradan, mientras que “cosificadas” pueden repugnarnos. La asociación de ideas puede dar cierto carácter agradable a las cosas que debieron sernos indiferentes conforme a la idea que despiertan en nosotros. Por regla general, la vista de líquidos transparentes es agradable, mientras que si estos líquidos contienen en suspensión materias extrañas que los enturbien, se hacen desagradables. La vista sola puede darnos una idea de gusto o de olfato. Los líquidos gomosos y filamentosos, ¿pulque?, producen sobre la piel una sensación viscosa desagradable, y hasta a simple vista nos repugnan. Estos son ejemplos de sensaciones asociadas. Los productos de secreción son generalmente filamentosos y turbios mientras que el agua que bebemos es limpia y transparente.

Sin darnos cuenta hacemos extensivas estas sensaciones a todos los líquidos viscosos.

Nuestro asco se hace patente frente a todos los líquidos animales. A través del “asco” nos defendemos de aquellos que nos alejan del agua pura. Así es como hay que explicar por qué ciertos colores son agradables y otros desagradables. Una tela de color púrpura brillante será agradable a la vista, mientras que una tela gris mate de un tinte indeciso, puede ser fea y perjudicial. Se trata de distinguir entre colores limpios y matices indefinidos... sucios.

Estos conceptos son los que transcribimos de C. Richet. Conceptos ingenuos pero que inútilmente hemos buscado en otras fisiologías.

II

EL ASCO A TRAVES DE J. PAUL SARTRE

Ahora brincamos a la filosofía. Una vez desahuciados de la fisiología, busca buscando, encontramos un hombre excepcional —J. Paul Sartre— el cual desde su filosofía existencial nos brinda un libro, *La náusea*, que vamos a analizar.

El asco a través de Jean Paul Sartre

Desde Kirkegaard todos los existencialistas nos han dicho que para superar nuestra angustia existencial es preciso “salirnos” de la nada. Para “ser” hombres debemos renunciar a la conducta mostrenca, y realizarnos.

Para ello debemos superarnos día a día y emanciparnos de la nada y del borreguismo. El hombre que sólo existe como una masa informe confundido en el seno de una conducta anónima... en lugar de vivir, vegeta, desliza en una cotidianidad inauténtica que es vulgar y nauseabunda. El tedio y el asco son sus consecuencias.

La única salvación posible es la superación, para ello debemos lograr una conducta individual que nos arranque del anonimato para llegar a “ser” uno mismo. Pasar, de ser una ficha anónima, a ser una persona cabal. Por lo demás ésta sería la única terapéutica. La única y la verdadera.

El primer libro de J.P. Sartre lo tituló *La náusea* y en él nos cuenta cómo el hombre arranca de un estado anodino dentro del que no es nada. Más exactamente, no es. Existe, pero no es, o si queremos, existe para llegar a ser. Este Don Nadie siente su “nulidad” como diluida en una conducta de borrego que le resulta nauseabunda.

El borrego puede balar cuanto quiera, pero si no se realiza, continuará en la náusea del baño, y acabará fatalmente al matadero.

El protagonista del libro de Sartre se llama Antonio Roquentin y este personaje nos cuen-

ta, a través de su diario, como le invade la "náusea" cada vez que se abandona a su vida mostrenca. Efectivamente, Antonio Roquentin experimenta su existencia como una náusea. El sentimiento del existir va inseparablemente ligado a esa sensación de basca. Según esto, lo que no sea "yo mismo" me repugna. "Yo mismo estoy orientado a ser lo que todavía no soy con una necesidad esencial".

Si no dedico mi pensamiento y mi voluntad a lo que tiene sentido para mí mismo, mi existencia es absurda y sin sentido. El tedio me conduce a la náusea. Náusea a la cual domino casi siempre si logro salir del atareamiento de la vida diaria.

Todo el libro es un intento por describir el auténtico sentimiento vital del hombre que va de buena fe, del hombre que tiene el coraje de llevar la negación a sus últimas consecuencias. Del otro, del que se abandona, se enseñorean la náusea y la desesperación.

A continuación copiamos distintos pasajes del libro de J.P. Sartre.

"La náusea"

Ahora veo; recuerdo, mejor, lo que sentí el otro día, a la orilla del mar, cuando tenía el guijarro en la mano. Era una especie de repugnancia dulzona. ¡Qué desagradable era! Y procedía del guijarro, estoy seguro; pasaba del guijarro a mis manos. Sí, es eso, es eso; una especie de náusea, en la mano.

En este pasaje de la pág. 26 J.P. Sartre alude a la condición viscosa y dulzona que conduce a la repugnancia y al asco.

Cuando era chico, mi tía Begeois me decía: "Si te miras largo rato en el espejo, verás un mono". Debí de mirarme más todavía porque lo que veía estaba muy por debajo del mono, en los lindes del mundo vegetal, al nivel de los pólipos. Veía ligeros estremecimientos, veía una carne insulsa que se expandía y palpitaba con abandono. Sobre todo, los ojos vistos de tan cerca, son horribles. Algo vidrioso blando, ciego, bordado de rojo; como una escama de pescado.

Transcrito de la pág. 35. En donde J.P. Sartre asocia la raíz metafísica del asco con la expresión asquerosa que encontramos en nuestra propia carne mortal mirada frente a frente.

¡La cosa anda mal, muy mal! Otra vez la suciedad, la náusea y una novedad; ahora me dio en un café. Los cafés eran hasta entonces mi único refugio porque están llenos de gente y bien iluminados; ni siquiera me quedará este recurso; cuando ahora me vea acosado por la náusea no sabré a dónde ir.

Transcrito de la pág. 37. En donde J.P. Sartre asocia el asco con la oscuridad y el misterio.

Entonces me dio la náusea; me dejé caer en el asiento, ni siquiera sabía dónde estaba; veía girar lentamente los colores a mi alrededor; tenía ganas de vomitar. Y desde entonces la náusea no me ha abandonado, me posee.

Transcrito de la pág. 38. Aquí el autor magnificó el poder tremendo que para la náusea tiene el tedio. Podríamos resumirlo en esta frase: "La náusea me posee". Es decir, no es que yo tenga náusea, sino que vivo inmerso en ella.

Su camisa de algodón azul se destaca gzosamente sobre una pared chocolate. También eso es náusea. O más bien es la náusea. La náusea no está en mí: la siento allí en la pared, en los tirantes, en todas partes de mi alrededor. Es una sola cosa conmigo, soy yo quien está en ella.

Transcrito de la pág. 39. En donde J.P. Sartre, insistiendo en el concepto anterior, invierte el sujeto y el objeto cuando afirma que no soy yo el que tiene náuseas, sino la náusea es la que me posee a mí.

Comienzo a calentarme, a sentirme feliz. Todavía no es nada extraordinario, es una pequeña náusea; se despliega en el fondo de un charco viscoso, en el fondo de nuestro tiempo —el tiempo de los tirantes amplios y blandos que se agrandan por los bordes como una mancha de aceite. Apenas nacida, es vieja, me parece que la conozco desde hace veinte años.

Transcrito de la pág. 41. Es notorio que J.P. Sartre supone que la náusea progresa con el tiempo. Por esto es que estamos viviendo "instantes blandos" en el charco viscoso de nuestro tiempo.

Lo que acaba de suceder es que la náusea ha desaparecido. Cuando la voz se elevó en el silencio, sentí que mi cuerpo se endurecía

y la náusea se desvaneció. De golpe; era casi penoso ponerse así de duro, de rutilante. Al mismo tiempo la duración de la música se dilataba, se hinchaba como una bomba... llenaba la sala con su transparencia aplastando contra las paredes nuestro tiempo miserable. Estoy en la náusea.

Transcrito de la pág. 42. En donde se anuncia la coincidencia entre el asco fisiopatológico que hemos descrito antes y su fondo filosófico. En el concepto fisiológico dijimos que lo blanco es característico de lo asqueroso, y J.P. Sartre dice que “cuando” el cuerpo se endurece, desaparece la náusea”.

Cuando uno vive, no sucede nada. Los decorados cambian, la gente entra y sale. Eso es todo. Nunca hay comienzos. Los días se añaden a los días sin ton ni son, en una suma interminable y monótona. De vez en cuando se saca un resultado parcial; uno dice: hace tres años que viajo, tres años que estoy en Vouville. Tampoco hay fin: nunca nos abandonamos de una vez a una mujer, a un amigo, a una ciudad. Y además, todo se parece: Shangai, Moscú, Argel, al cabo de quince días son iguales. Por momentos, rara vez se hace el balance, uno advierte que está pegado a una mujer, que se han metido en una historia sucia. Dura lo que un relámpago. Después de esto empieza de nuevo el desfile, prosigue la suma de horas y días, lunes, martes, miércoles, abril, mayo, junio, 1924, 1925, 1926.

Transcrito de las págs. 66, 67. En donde el autor destaca la expresión nauseabunda del acontecer lento y sin historia, de la historia sin accidente, del vulgar día de cada día sin domingos ni primaveras. Del desfile seriado que va del hombre al universo y al infinito.

Pero me dejaba llevar, eso me gustaba, al día siguiente sentía tanto asco como si me hubiera despertado en una cama vomitada. No vomito cuando estoy borracho, pero sería preferible. Ayer ni siquiera tenía la excusa de la embriaguez. Me exalté como un imbécil. Necesito limpiarme con pensamiento abstracto, transparente como el agua.

Transcrito de la pág. 90. El asco surge de la estupidez, la cual se puede lavar con pensamientos limpios. El pensamiento abstracto es transparente como el agua.

Sobre la mayonesa de un huevo a la rusa advertí una gota de un rojo oscuro; era sangre. El rojo sobre el amarillo me revolvió el estómago. Bruscamente tuve una visión; alguien había caído con la cara hacia adelante y sangraba en los platos. El huevo había rodado en la sangre; la rodaja de tomate que lo coronaba se había despegado aplastándose, rojo sobre rojo, la mayonesa un poco derretida formaba un charco de crema amarilla que dividía en dos brazos el arroyito de sangre.

Transcrito de la pág. 115. En esta descripción convergen las características organolépticas de la cosa asquerosa y el concepto metafísico del asco como ya subrayamos anteriormente.

Una inmensa repugnancia me invadió de improviso y la pluma se me cayó de los dedos escupiendo tinta. ¿Qué había pasado? ¿Tenía la náusea? No, no era eso, el cuerpo mostraba un aire bonachón de todos los días. Apenas si la mesa me parecía más pesada, más espesa y la estilográfica más compacta. Sólo que M. de Rolebon acaba de morir por segunda vez. Hay que amar a los hombres, los hombres son admirables. Tengo ganas de vomitar, y de pronto ahí está: la náusea.

Transcrito de la pág. 145. Nótese que la náusea no va estrictamente con la muerte, sino con las ganas de vomitar. Según esto, la muerte trasciende y en cierto modo, vuela. La náusea se queda aquí abajo con nosotros.

No puedo decir que me sienta aligerado ni contento; lo contrario, eso me aplasta, sé lo que quería saber; he comprendido todo lo que me sucedió desde el mes de enero. La náusea no me ha abandonado y no creo que me abandone tan pronto, pero ya no la soporto, ya no es una enfermedad ni un acceso pasajero; soy yo.

Transcrito de la pág. 187 “La náusea soy yo”. A lo que se podría añadir: “Soy yo, porque todavía no soy yo mismo, o más exactamente, porque no he llegado a ser.

Cuando uno llega a comprenderlo, se revuelve el estómago y todo empieza a flojar, como la otra noche en *Rendez-vous des cheminots*; eso es la náusea, eso es lo que los cochinos —los del *Coteau vert* y los otros— tratan de ocultarse con su idea de derecho .

Transcrito de la pág. 194. J.P. Sartre alude varias veces a la manera “natural” de hacer el amor (cohabitar) con la patrona de *Rendez-vous des cheminots*. Con la cual se acuesta mecánicamente, zoológicamente... para cumplir con la inercia de una conducta mostrenca. La conducta del que se abandona a la colectividad.

Yo gritaba “¡qué porquería, qué porquería!” y me sacudía para desembarazarme de esa porquería pegajosa, pero ella residía y me ahogaba en el fondo de ese inmenso asco. Y entonces, de golpe, el jardín se vació como por un gran agujero, el mundo desapareció de la misma manera que había venido, o bien me desperté en todo caso, no lo veía más; a mi alrededor quedaba tierra amarilla, de donde brotaban ramas secas, erguidas en el aire.

Transcrito de la pág. 199. En donde se señala lo intrascendente de una existencia sin “ser”. Cuando dice que toneladas de existencia nos ahogan en un inmenso lago. Naturalmente alude al lago del asco.

La náusea me concede una corta tregua. Pero sé que volverá, es mi estado normal. Sólo que hoy mi cuerpo está demasiado agotado para soportarla. También los enfermos tienen afortunadas debilidades que les quitan, por algunas horas, la conciencia de su mal. Me aburro, eso es todo. De vez en cuando bostezo tan fuerte que las lágrimas me ruedan por las mejillas. Es un aburrimiento profundo, profundo... el corazón profundo de la existencia, la materia misma de que estoy hecho. No me descuido, por el contrario, esta mañana tomé un baño, me afeité. Sólo que cuando pienso en todos esos pequeños actos cuidadosos, no comprendo cómo pude ejecutarlos, son tan vanos. Sin duda el hábito los ejecuta por mí. Los hábitos no están muertos, continúan afanándose, tejiendo muy despacito, insidiosamente, sus tramas; me lavan, me secan, me visten, como nodriza, ¡habrán sido ellos también los que me trajeron a esta colina!

Transcrito de la pág. 230. En donde se nos dice: “La náusea es mi estado normal. Aburrimiento, bostezos, lágrimas, sirven para amansar la náusea”, es decir, se amansa pero no se cura. Para salvarnos de la náusea sólo nos queda un camino. Adquirir “ser”. Toda nues-

tra existencia tendrá una sola afinidad. “Ser o no ser”.

Después de estas transcripciones de *La náusea* será bueno recapacitar sobre el pensamiento original de J.P. Sartre.

La sensibilidad del autor debe buscarse en su primer libro. La náusea —según Sartre— es la crisis de asco que se apodera de un ser consciente cuando, por una parte, siente lo complejo de su existencia y, por la otra, descubre lo absurdo de toda existencia.

Sentirse “de más” en un mundo sin finalidad, ¿qué hay más deprimente? ¿Más nauseabundo?

Roquentin, el narrador de *La náusea*, se complace en el hallazgo de imágenes pegajosas y banales para sugerirle malestar esencial a partir del vivir primitivo y de palpar elemental. El contacto con un guijarro en la playa le da “una especie de repugnancia”, algo así como “náusea de las manos”. Compara toda esta masa de cosas que pesa sobre su conciencia como “mermelada”, como una “confitura”, de la que se siente untado. La propia presencia de un cuerpo le produce deseos de vomitar. “Los objetos materiales no me deberían tocar”, puesto que no viven.

Uno se sirve de ellos, los coloca en su lugar, son útiles, nada más.

“Pero cuando ellos me tocan, se me hacen insoportables. Tengo miedo de entrar en contacto con las cosas, como si se tratara de bestias vivientes”.

Este agudo sentimiento del existente superfluo, extendido de las cosas a las personas y desparramándose sobre el yo, constituye el primer movimiento del pensamiento de Sartre —un movimiento de náusea que reaparece más o menos confeso, más o menos superado, pero siempre de manera determinante, en toda la obra del autor.

La intuición metafísica y los reflejos fisiológicos se mezclan seguramente. El asco físico del mundo que nos rodea es un estado que todos conocemos, que todos hemos podido sentir, por ejemplo, en el periodo de incubación de una enfermedad.

La sensación de náusea, por tanto, coincide con una disminución del tono vital; una vida roída por la muerte. Cabe, pues, preguntarse

si no sería una cenestesia del hombre enfermo.

Claude Edmond Magny ha observado que hay en Sartre una fascinación por lo pastoso, lo “viscoso”, mezcla equilibrada de horror y atracción. Le repugna el asco pero no puede evitar hablar de él; lo aborda sin cesar, lo encuentra por doquier.

Y no sólo lo viscoso, sino la suciedad, la mugre, los detritus y las deyecciones.

El estilo de Sartre está cargado de obscenidad, de imágenes sórdidas y de olores nauseabundos. En su obra se deslizan obsesiones mórbidas y viscosas: recuérdese, en *La Edad de la Razón*; el episodio de los gatos ahogados en un saco. No cabe duda de que para delimitar dentro de la vida una visión tan repulsiva es preciso mirar el horror concreto con ojos trascendentes.

Antecedentes literarios en la enfermedad

Se ignoraría un amplio campo del hombre si se excluyera la literatura del hombre enfermo. Ha sido dentro de la enfermedad (tal vez gracias a ella) que Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, Rilke o Kafka, han podido alcanzar su pensamiento y dar forma a su estilo. Aun admitiendo una hipótesis psicoanalítica para explicar a Sartre a partir del “ello”, nos quedará siempre el testimonio de un Sartre filósofo angustiado. Es posible que Sartre haya tenido acceso a la angustia metafísica a través de la náusea, pero lo que importa es la angustia existencial y no su arrancada. ¿Cuál sería el valor de esta angustia?

Sartre piensa que la angustia es una toma de conciencia. Una situación vital debe ser leal si queremos dignificar nuestra condición de hombre; la palabra última será la verdad. Todo cuanto se haga para ocultarla es engaño, mentira y trampa. Lo que no quiere decir que esta angustia no deba ser superada, pero es necesario hacerlo a partir de ella

Hipocresía y tartufismo

“Fariseo” es, en primer lugar, el burgués protegido por su importancia social, por su honorabilidad, por su moral paternalista. Nada más feroz, en la obra de Sartre, que el episodio de la visita al museo de Vouville (en *La náusea*)

estúpida diversión de una aristocracia ampulosa, egoísta, segura de sí, incapaz para reconocer la “nada” de la condición humana. Radical, comunista o católico, hay quien ama a los hombres tales como son y hay quien los ama tal como deberían ser.

¿Y entonces? ¿No existe recurso contra la náusea existencial? ¿No existe otra honestidad que el cultivo del asco y la desesperación?

Seríamos injustos con Sartre de atribuirle semejante pesimismo. Habitualmente, sus héroes no están tentados por el suicidio. al contrario, por atascado que uno se encuentre en el fango, mantiene la profunda inquietud por salir a flote, hacia lo seco, y acceder a un modo de existencia que se pueda justificar y soportar. Querer ser, es curarse de lo caótico y “despojarse de su mugre, estrangular los instantes nauseabundos, retorcerlos, secarlos” para “purificarse” y “templarse”.

Sartre comentado por Magny

Es otra vez Claude Edmond Magny quien observa cómo la fascinación por lo viscoso se acompaña, en Sartre, de la nostalgia de lo duro, de lo sólido, de lo inflexible. Le agrada lo mineral, lo duro, es decir, una existencia pulcra, cortante, inmutable; las cosas concretas.

La pintura de Dalí sería un ejemplo. El propio Dalí con frecuencia alude al asco que le producen las cosas amorfas.

En el libro *La náusea*, la salvación llega a través de la música. Recuérdese cuando en un pequeño café sucio (a la espera del tren) Roquentin escucha por última vez un viejo disco cantado por una negra americana. Esta música le conmueve por algo puro que descubre en ella y que lo sitúa más allá de la existencia. Siente, ante todo, que este pequeño sufrimiento lo desgarró, lo humilla (la música tan dura y él tan endeble). Pero, es por mi culpa que la cerveza está tibia en el fondo de mi vaso, es por mi culpa que hay esas manchas pardas en el espejo, en donde yo estoy de más. Roquentin no es músico. Trata de escribir un libro; no un libro de historia, otra clase de libro, “no sé muy bien cuál”, un episodio, una aventura. “Sería necesario que fuera duro y bello y que avergonzara a las personas de su propia exis-

tencia". A través de este libro podría llegar a recordar su vida sin repugnancia.

Esta clase de libro que ha de salvar a Roquentin, y que él no llega a definir, podría ser un poema. El mundo absurdo y viscoso del azar ha de ser substituido, mediante el arte, por un mundo armonioso y pulcro. De este modo, Sartre comienza por donde parece que Malraux termina: propone, para la angustia humana, el remedio del arte.

¿Pero se trata realmente de un remedio o es sólo un calmante? Para un filósofo cuyo profundo designio es explorar hasta el fondo la angustia humana y no adornarla con palabras ni alabanzas, la salvación por el arte sigue siendo un itinerario de evasión, una traición al verdadero humanismo. ¿Pero es ese el caso de Sartre? ¿Podría encontrar en los juegos del arte una defensa suficiente contra la desesperación? Desesperación por vivir una existencia nauseabunda, minuto a minuto, día a día, año tras año...

III

ASCO, VISTO A TRAVES DE LA FILOSOFIA DE PEDRO CABA

P. Caba, el filósofo de las "presencias" ha dedicado mucho tiempo a estudiar las relaciones antropológicas entre conducta sexual y asco. Según este autor el asco y el sexo tienen una extraña polaridad; ora se nos aparece el sexo cosa asquerosa, ora nos parece una cosa deliciosa.

Nada más feo ni más repugnante que los órganos sexuales embarrados o enfermos; pero también es verdad que en cuanto estalla la brama sexual, las zonas mucosas de la boca y del sexo son las que más nos atraen. Como si de pronto se superara toda sensación de asco, a partir del sexo.

Además, la diferencia sexual disminuye el asco. Por esto, asquea a la mujer la saliva de otra mujer y no la de un varón; lo mismo cabe decir de un hombre en relación con otro hombre. La baba de un viejo produce más asco que la de un niño. En fin, donde hay diferenciación sexual, desaparece el asco.

¿No será la relación que existe entre el asco y el sexo, la razón de que produzca asco el pe-

lo que de pronto aparece en la comida y que nos evoca representaciones mentales del vello sexual?

Asco mental

Hay otro asco que puede originarse desde el sistema nervioso central.

Si por ejemplo, comimos carne creyéndola de conejo y luego nos dicen que la vianda era de gato, el asco surge retroactivamente por obra de una elaboración mental. Si esa averción la generalizamos al concepto de carne, fraguamos un proceso mental que nos puede explicar las "fobias". ¿Por qué fulano tiene fobia a la leche? No siempre es cuestión de alergia.

Existe también un problema de cultura. El asco ante el cadáver humano ha sido superado por el sentimiento religioso de la muerte. Y es así como el terror fraguado a costa del asco, puede transformarse en veneración para los muertos.

Asco, homosexualidad y niveles culturales

La homosexualidad parece estar muy relacionada con el asco, así vemos que cuando una mujer se viriliza, lo primero que hace es alardear de vencer ascos "femeninos".

De igual forma, cuando un varón se afemina, es fácil comprobar que su primera característica es la de hacer gestos y ascos por cualquier cosa. Con esta observación quedara implícitamente demostrada la raíz "femenina" del asco.

El hombre fuerte se avergüenza de tener asco por cosas materiales.

Al lado de la hombría, influye el ambiente y la formación cultural. El chino, por ejemplo, come huevos podridos que repugnan al europeo, y en cambio éste, come quesos agusanados que asquearían a un hombre de cultura oriental.

Con el tiempo, los occidentales hemos cobrado asco al saltamontes que antiguamente fue un excelente manjar.

El hombre de la ciudad siente asco ante el estiércol de los establos que el campesino manosea sin repugnancia.

Por razones intelectuales también se ha logrado vencer el asco a las angulas y a los caracoles, y el mexicano de hoy come gusanos y moscos que otros pueblos detestarían enérgicamente.

Asco y odio

Hay también un asco intelectual que no puede ser confundido con el odio, pero en algo se le parece. El odio se puede resolver con formas orgánicas de asco; por esto no es raro que cuando pasamos frente a una persona a quien odiamos, sintamos deseos de escupir.

Sin embargo, los correlatos de uno y otro son totalmente distintos.

El correlato del odio es el amor.

El correlato del asco es el antojo.

En resumidas cuentas, hay algo que puede considerarse asqueroso en aquello que odiamos, pero el asco esencial se mueve entre lo viscoso y adherente, cualidades repugnantes para todo el mundo. Por esto son sustancias asquerosas la expectoración, la putrefacción, el sudor y todo lo que huele mal, sobre todo, si procede de organismos vivos.

El hombre no siente asco de sí mismo

A este respecto precisa añadir algo más. Todo esto sólo nos provoca asco cuando es ajeno.

El niño se regodea al contacto de las propias heces, y el adulto no se siente molesto con las suyas. Nos repugna la contemplación del acto sexual ajeno, pero nos resulta placentero cuando somos los protagonistas del acto sexual.

En los niños, la defecación suele ser un acto de gran voluptuosidad, tanto que procuran dilatarla cuanto pueden.

A juzgar por la abundancia de palabras obscenas escritas en los retretes públicos, podríamos suponer que los adultos experimentan una especie de exaltación lírica en la atmósfera emanada de sus deyecciones. ¡Cuántos poemas coprológicos escritos en puertas y paredes!

Si es verdad que no nos produce asco lo nuestro y sí lo ajeno, por ahí podemos encontrar una explicación de la insolidaridad humana, la discriminación tal vez empieza por aquí. Nos da asco otra raza por su olor distinto al

nuestro, y maldecimos otra nación por su forma de vida colectiva... distinta a la nuestra.

Problema de jerarquía; lo inferior y el asco

Pero aún falta señalar otra nota. Para que lleguemos a sentir asco de un pueblo, raza o persona, es preciso que la sintamos como inferior a nosotros. Al americano blanco, por ejemplo, le da asco el negro, pero al negro no le produce asco el blanco; le produce sí, rencor, rabia, odio. Pero, no asco.

Tal vez por la misma razón el blanco respeta al amarillo aunque no sea santo de su devoción; incluso puede odiarle. El caso típico se da en los americanos, desprecian al negro y al amarillo pero de forma distinta. Al primero con asco, al segundo, no.

¿Será por la vaga intuición de que el oriental, por detestable que sea, nunca es un ser inferior? Su color de piel amarilla nunca nos envía mensajes de asco. El hombre oriental se ha vuelto amarillo como los marfiles y los pergaminos, a fuerza de historia. Todos llevamos en el inconsciente resonancias de la grandeza que pudo tener aquella cultura oriental que no conocemos a ciencia cierta, pero que nos envía resonancias de misterio y de milagro.

El asco y la civilización

La conducta tiene que ver también con la civilización. Los científicos del Renacimiento al racionalizar nuestra vida lograron una superación de ascos, fobias y miedos fundamentales que presidían los actos de la Edad Media.

También las religiones pueden superar las formas del asco original, ya sea por el amor, ya sea por la caridad.

Asco profundo experimentaron los bárbaros frente a los romanos de tan distinta civilización. Asco por su molicie, por sus perfumes, por sus vicios...

Y asco sentían los hombres del Renacimiento por una Edad Media que les olía a cera, a muchedumbre y a bestialidad.

Asco, mugre y ternura

La mujer siente más fácilmente el asco porque se halla más próxima a la vida original. A la *Natura naturans*. La mujer concibe. Tal vez

por esto la mujer experimenta el asco fetulento y lo traduce en vivencias de impureza. En el subconsciente de la mujer lo impuro y lo sucio se hacen sinónimos.

La mujer que pierde pureza, decimos que se mancilla. Y se llama inmaculada a la mujer pura por excelencia.

Todas las formas del asco femenino pueden quedar superadas por la ternura. La ternura femenina es el grito callado de sus sentimientos de comunidad. Para la mujer, lo sucio y lo pecaminoso sólo se pueden salvar por el amor. Hay en la mujer un afán de limpieza que la hace lavarse, bañarse y perfumarse con un gozo metafísico que el varón jamás entenderá. Y no lo entenderá porque el afán de lavarse en la mujer tiene un sentido penitencial. La mujer halla gratificaciones con lo ajeno si es limpio. Como si esta limpieza la redimiera de una "suciedad original" de corte metafísico.

El asco mismo es vencido por una especie de ternura maternal que actúa sobre todo lo humano y lo divino; lo terrenal y lo cósmico. La ternura que la mujer ejerce sobre el hombre superior, o sobre el sabio o sobre cualquier varonía, es muy posible que tenga este origen.

Esta síntesis que transcribimos del volumen I del libro de Pedro Caba le servirá al lector para testimoniar que su pensamiento nos acompañó en la redacción de la primera parte de este capítulo.

En el próximo número daremos la fuente de información que hemos encontrado en nuestra larga peregrinación. Es decir, las orientaciones bibliográficas que nos sirvieron para nuestro trabajo. Anticipemos que el trabajo de A. Kolnay es intenso y extenso, por esto le vamos a dedicar todo el espacio necesario... en nuestra tercera y última entrega.